

Martín HENGEL, *Jésus, Fils de Dieu*, Paris, Ed. du Cerf, 1977, 150 pp., 13,5 × 21,5.

El A. plantea con claridad y precisión una cuestión verdaderamente importante: en menos de dos décadas, desde la muerte de Jesucristo en la Cruz —el año 30 de la era cristiana— hasta aproximadamente el año 50, la Cristología neotestamentaria experimenta un desarrollo incomparablemente mayor que en los siete siglos siguientes, a lo largo de los cuales el dogma cristológico de la Iglesia antigua llegó a su culminación. ¿Qué explicación puede darse a tal rapidísima elaboración de la Cristología neotestamentaria, a la vista de su enorme riqueza doctrinal y su fuerte coherencia interna? (cap. I). Los planteamientos y caminos recorridos por la crítica liberal, y extensos sectores de la postliberal, intentando retrasar cronológicamente la formación de la doctrina neotestamentaria, o subrayando la pluralidad de sus cristologías, resultan insuficientes, y aún equivocados, para dar razón de tal enigma histórico (cap. II). El A. fija los términos del problema con unas consideraciones sobre el *corpus* epistolar paulino que, aunque comienza hacia el año 50 p.C., contiene, sobre todo en sus citas de carácter himnico, el testimonio de una Cristología madura, ubérrima y compacta a la vez, en la cual se encuentran ya bien asentados los temas del *envío del Hijo preexistente* al mundo, *del Hijo entregado a la muerte para salvación* de la humanidad, etc. (cap. III).

Tampoco las tesis de la escuela de la historia de la Religión nos dan la clave para resolver el problema: el A. muestra que es inútil rastrear por las religiones místicas en búsqueda de precedentes; en ellas no hay nada importante donde pueda basarse doctrinalmente la Cristología del Nuevo Testamento (cap. IV). Entonces nuestro A. bucea —con brevedad pero selectamente documentado— en los misterios greco-helenísticos y en los diversos mitos gnósticos, sin encontrar tampoco ninguno de los préstamos supuestos por algunos autores en años pasados (cap. V, § B). La conclusión es afirmada sin ambages por el A. Se impone, pues, la búsqueda de los posibles fundamentos de la Cristología en ciertas líneas de pensamiento del Antiguo Testamento (cap. V, § A) y del judaísmo antiguo intertestamentario (cap. V, § C). En esos dos bloques literarios halla el A. una amplia temática doctrinal, que debió de servir a la primera comunidad cristiana judeo-palestinese —y probablemente también judeo-siríaca— como base de partida y como cantera de donde extraer el material, elaborado a la luz de la fe en la Resurrección gloriosa de Jesús y con la clave hermenéutica del cumplimiento en él de las antiguas profecías. Para el A. lo verdaderamente sorprendente, desde el punto de vista de la exégesis crítica e histórica, es la extraordinaria celeridad con que se formó la doctrina cristológica de la cristianidad de primera hora.

Planteada así la cuestión, el A. hace un detenido análisis de la anti-*quísima* confesión de fe contenida en Rom 1,3-4, así como de algunos de los otros himnos cristológicos, bien conocidos, del *corpus* paulino, con la finalidad de mostrar que en tales textos se encuentra ya la temática fundamental, como la *preexistencia del Hijo*, su *mediación en la creación*

y su envío al mundo como salvador, temas e ideas que desarrollan elementos doctrinales ya existentes de manera germinal en el A.T. y en algunos pasajes de la literatura judaica intertestamentaria y en Filón de Alejandría (cap. VI, §§ A, B y C). Del mismo modo puede encontrarse en esta literatura las raíces de los dogmas conclusivos y fundamentales, a saber, que Jesús es *el Hijo de Dios y el Señor* (cap. V, § D). Tal panorámica cristológica es completada por el A. con especiales referencias a la epístola a los Hebreos y sus entronques veterotestamentarios y judaicos, en los que pretende hallar cierto precedente de la aparente paradoja del *Crucificado-y-Glorificado* (cap. VII). Finalmente, el A. dedica el cap. VIII a sistematizar unas breves conclusiones teológicas, que ofrece a los cultivadores de la Cristología dogmática para su profundización especulativa.

Resulta muy interesante que M. Hengel, Prof. de Nuevo Testamento y de Antigüedades judaicas en la Facultad de Teología protestante de Tubinga, plantee, con decisión y fuerza argumentativa, la sorprendente velocidad con que se elaboró la primera Cristología, de la que son testigos muchos textos de los más variados libros del Nuevo Testamento, y la riqueza, madurez y coherencia de tal Cristología. Precisamente tal actitud investigativa representa una muy seria refutación de las posiciones de la antigua escuela de Tubinga. También es de subrayar la convicción del A. de que es en el A.T. y en el viejo judaísmo, en vez del helenismo, donde hay que buscar el terreno donde hunde sus raíces la doctrina neotestamentaria. A este respecto, M. Hengel ha podido aprovechar el abundante material que había estudiado en su anterior y erudito libro *Judentum und Hellenismus*, al que remite en bastantes ocasiones para ampliar datos y fuentes.

En su *Jésus, Fils de Dieu*, que es la versión francesa del original alemán *Der Sohn Gottes* (Tübingen 1975), M. Hengel ha dado dos pasos críticos verdaderamente importantes: 1) mostrar con argumentos convincentes la sorprendente celeridad de la elaboración cristológica de que he hablado; 2) reconstruir de modo breve pero agudo el *background* veterotestamentario y veterojudaico de esa Cristología de primera hora. Pero, en mi entender, el brillante Prof. de Tubinga después de haber realizado el iter crítico más difícil, centrando de modo excelente el «enigma histórico» (así lo llama él) de la Cristología neotestamentaria, rehusa afrontarlo derechamente. Me explico: por muy geniales que fuesen las comunidades cristianas palestinas y siríacas más antiguas, parece imposible que hayan podido ser capaces de realizar la impresionante construcción cristológica que emerge de los himnos, de las confesiones de fe, en una palabra, de las tradiciones que están en la base de las epístolas paulinas y del resto de los libros del Nuevo Testamento. En menos de veinte años me parece humanamente imposible producir una tal Cristología tan madura, rica y coherente. Así, pues, el enigma histórico subsiste completamente aunque se tracen las líneas de entronque que ha delineado M. Hengel; me parece más razonable abrirle paso a la incidencia de lo sobrenatural en aquella primera comunidad, especialmente en los Doce testigos del ministerio público de Jesús y de sus apariciones tras el tercer día de su muerte.

Si M. Hengel ha concebido su libro como un trabajo exclusivamente histórico, le es lícito pararse a mitad de camino. En efecto, la Historia no tiene, por sí sola, elementos para abordar la investigación a fondo de las realidades sobrenaturales de la fe. Ese cometido debe dejarlo a la Teología. Pero Hengel —me parece entender— no se considera en este libro un mero historiador, sino un exégeta. Entonces tenemos él y yo dos concepciones diferentes de la Exégesis bíblica. Para mí ésta es una ciencia esencialmente teológica: parte de la fe e intenta penetrar en el sentido de los textos sagrados con la ayuda de todos los recursos racionales que puedan serle útiles, pero sin abandonar la fe. Esa fe cristiana me enseña que la Sagrada Escritura no se ha escrito con solas las fuerzas humanas, sino también y principalmente bajo la divina inspiración. Por eso, aunque coincido con M. Hengel en sus valoraciones sobre la celeridad de la elaboración de la Cristología que he reseñado, no puedo, sin embargo, estar de acuerdo con su interpretación de la genética de esa Cristología.

JOSÉ M.<sup>a</sup> CASCIARO

INSTITUTO PATRISTICO «AUGUSTINIANUM», *Patrología, III: La edad de oro de la literatura patristica latina*, dirección de Angelo di BERARDINO y presentación de Johannes QUASTEN, Madrid, ed. Católica («BAC», n. 422), 1981, XXIV + 792, pp., 12 × 19,5.

La idea de continuar el manual de Patrología de Quasten publicando el volumen correspondiente a la edad de oro de la literatura patristica latina nos pareció un acontecimiento digno de congratulación, y así lo hicimos notar oportunamente al hacer la recensión de esta obra en su primigenia versión italiana (cfr. *Scripta Theologica* 11, 1979, pp. 1173-1175).

La presente edición actualiza las indicaciones bibliográficas de la anterior italiana y suple algunas omisiones. Pero, sobre todo, conviene destacar el enriquecimiento temático que supone la incorporación del nuevo apartado que se dedica a los escritores eclesiásticos de la Península Ibérica, debido a la pluma del P. A. Hamman. Igualmente cabe poner de relieve la incorporación de Cromacio de Aquileya al cap. IX, dedicado a los escritores de Italia y cuyo autor es B. Studer.

Comprobamos con satisfacción que Hamman incluye a la virgen Egeria entre los escritores de la Península Ibérica, aunque no sin alguna consideración irónica. Con todo, nos parece que se trata de un avance positivo respecto a la edición anterior. Por otra parte, el reciente estudio del P. Arce sobre la virgen Egeria (BAC, n. 416) muestra con sólidos argumentos la patria galaica de la susodicha virgen. Se ocupa Hamman de estudiar a Avito de Braga, Baquiario, Calcidius (no acertamos a entender por qué latiniza este nombre, mientras los restantes autores aparecen en forma castellana), Consencio, Olimpio, Pastor, Severo de Menorca, Siagrio, Toribio y Valeriano de Calahorra.

Pensamos que siguen conservando actualidad la mayoría de las observaciones críticas que hicimos en nuestra recensión anterior, y, por consi-